

ESPACIOS IMAGINARIOS EN PLUTARCO: INTERPRETACIÓN MÍSTICO-LITERARIA DE LA SUPERFICIE CELESTE DE LA LUNA (*DE FACIE* 944C-945B)

Aurelio Pérez Jiménez
Universidad de Málaga

En su ascensión escatológica desde la separación del cuerpo y el alma, los hombres sufren un peregrinaje por la atmósfera sublunar que los lleva, si la fortaleza de su *nous* les permite superar la inseguridad y el miedo que infunde en la $\psi\upsilon\chi\eta$ todavía encadenada al recuerdo de los sentidos físicos, la revolución de la Luna, hasta la superficie oscurecida por la sombra de la tierra que Plutarco identifica con las *praderas de Hades*.

Nuestro autor pone en boca de Sila, al servicio de su mensaje escatológico, todos los recursos retóricos y literarios de que es capaz. Como hemos visto en otros trabajos precedentes, el lenguaje de este relato y la disposición literaria de sus vocablos con sus sonidos se ajustan perfectamente al mensaje de el Queronense, que con estos recursos se acerca a los simbolismos propios de la literatura mística (órfica y gnóstica) de su época, sin renunciar a la fidelidad platónica; los mitos de éste, como ya han señalado otros estudiosos, inspiran muchos detalles de esta escatología siliana. La oposición entre los componentes físicos del cuerpo y espirituales del alma; las sensaciones que perturban la tranquilidad de éstas, todavía deambulando borrachas por la materia a la que han estado encadenadas, en el momento inicial de su viaje; la sinestecia con que el escritor traslada a la materialidad lingüística los cambios de la espiritualidad humana, especialmente en los de las almas victoriosas; y cómo éstas, ya en las proximidades de las praderas de Hades, abandonan las sensaciones táctiles y auditivas para dar paso a la sutileza del olor y de la luz; todo ello sitúa semejante experiencia mística en un espacio real (el de la luna térrea), pero cuyo diseño concreto no es alcanzable en toda su dimensión visual para el hombre que la contempla desde la tierra.

El mito de Sila abre entonces sus puertas a la imaginación; e identifica con los espacios tradicionales del Hades griego las imágenes que Plutarco y sus amigos percibían al mirar al cielo en su mundo todavía incontaminado, durante las noches de plenilunio. Para esa descripción de una geografía lunar que permita a las almas buenas superar la sutileza sensorial de las praderas de Hades y alcanzar la visión que se nos ofrece en la cara invisible de la Luna, Plutarco va a recurrir ahora a comparaciones y similitudes con los accidentes de la tierra conocidos por todos.

Por mi parte, con este trabajo de hoy (concretado en el pasaje 944B-C del diálogo) continúo mi línea de análisis literarios sobre un viaje (el de las almas) cuyas etapas anteriores, arriba esbozadas, ya he estudiado.

2. El texto

Puesto que el tema del Congreso requiere que hablemos de espacios (en este caso imaginarios) y no de interpretaciones filosóficas o metafísicas, vamos limitar nuestro comentario al citado pasaje de esta última etapa del viaje espiritual del hombre hacia el abandono de cualquier atisbo de materialidad para que el $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ alcance su meta final, el Sol, que describe dichos espacios.

El texto en cuestión va precedido de una referencia a la geografía terrestre que permita a los personajes del diálogo entender mejor los pretendidos espacios lunares; y, según aparece en los dos manuscritos que lo han transmitido, dice así:

- 1 ἄλλ' ὥσπερ ἢ παρ' ἡμῖν ἔχει γῆ κόλπους βαθεῖς καὶ μεγάλους, ἓνα μὲν ἐνταῦθα διὰ
στηλῶν Ἡρακλείων ἀναχεόμενον εἴσω πρὸς ἡμᾶς, ἔξω δὲ τὸν Κάσπιον καὶ τοὺς
περὶ τὴν Ἐρυθρὰν θάλατταν, 944 C οὕτως βάθη ταῦτα τῆς σελήνης ἐστὶ καὶ
κοιλώματα. καλοῦσι δὲ αὐτῶν τὸ μὲν μέγιστον Ἐκάτης μυχόν, ὅπου καὶ δίκας διδόν-
5 ασιν αἱ ψυχαὶ καὶ λαμβάνουσιν ὧν ἂν ἤδη γεγενημένοι δαίμονες ἢ πάθωσιν ἢ
δράσωσι, τὰς δὲ δύο μακράς· περαιοῦνται γὰρ αἱ ψυχαὶ δι' αὐτῶν, νῦν μὲν εἰς τὰ
πρὸς οὐρανὸν τῆς σελήνης, νῦν δὲ πάλιν εἰς τὰ πρὸς γῆν· ὀνομάζεσθαι δὲ τὰ μὲν
πρὸς οὐρανὸν τῆς σελήνης Ἡλύσιον πεδίον, τὰ δ' ἐνταῦθα Φερσεφόνης οὐκ
ἀντίχθονος.

3 οὕτω E Ald. Basil. Steph. Wyt. 4 δ' Pohlenz 5 δαίμονες om. Ald. Basil. Steph. 6 τὰ δὲ δύο μικρά
Steph. ex Turneb. et Amyot Wyt. μακρά Leonicus : τὰς Πύλας post μακράς add. Cherniss 7 ὀνομάζεται
corr. Cherniss 8 πρὸς τὰ ante ἐνταῦθα add. Zuntz : παιδίον B : οὐκ del. Wyt. καὶ vertit Xyl. οἶδος
coni. Zuntz οἶκος coni. Arnim : 8/9 οὐκ ἀντίχθονος om. Amyot.

Críticos y editores han pretendido enmendar esa tradición manuscrita, al menos en tres puntos.

I. El primero es τὰς δὲ δύο Μακράς, que no se adecua sintácticamente a la correlación con τὸ μὲν, neutro exigido por los sustantivos βάθος y κοίλωμα a que se refieren estas tres configuraciones del relieve lunar. La corrupción de τὰ...μακρά a τὰς... μακράς ha podido ser favorecida por el topónimo ateniense aludido en el *Ion* de Eurípides. Por otra parte el adjetivo μακρός en oposición con τὸ μέγιστον de la correlación podría ser discutible. De ahí las diferentes propuestas textuales:

1) Corrección del género (Leonicus: τὰ δὲ δύο Μακρά); esto no es compartido por Pohlenz, que prefiere mantener la lectura de los códices, pese al problema de género mencionado (sed τὰς ad Μακρὰς adaequatum). Y la verdad es que podría mantenerse el femenino plural por una concordancia *ad sensum* si entendemos μακράς como adjetivo de un supuesto σκιάς o incluso, motivado por la indudable asimilación al relieve de la οἰκουμένη, con un sobreentendido θαλάττας. La observación de las manchas de la luna identificaría esos 'mares' o 'sombras' largas con el *Mare fecunditatis* y con el *Mare nectaris* que surgen, alargándose, del complejo mayor formado por el *Mare tranquillitatis*, *Mare serenitatis*, *Mare imbrium* y *Oceanus procellarum*. En cualquier caso, el paralelismo con τὸ μὲν μέγιστον exige que el adjetivo se interprete como descriptivo y no como apelativo. Evidentemente, como *lectio difficilior* pero posible por esa interpretación sintácticas, creo con Pohlenz que puede mantenerse la lectura de los manuscritos, pese a lo dicho en el punto anterior.

2) Turnebus corrige μακρά en μικρά, lo que no plantea grandes problemas paleográficos, sin duda porque el término se adecua mejor que Μακρά ("largos") a la oposición (grande/pequeño) requerida por τὸ μέγιστον; pero precisamente esa mayor plausibilidad sintáctica juega en contra de su aceptación; en cuanto a la selenografía, la corrección se ajustaría también a la disposición de otras manchas lunares pequeñas, con cierta independencia de la mayor, como, por ejemplo, el *Mare crisium* y el *Mare humorum*.

3) Adiciones: La necesidad de una adición (ya se opte por μακρά(ς) o por μικρά) deriva del γὰρ de la frase siguiente (περαιοῦνται γὰρ αἱ ψυχαὶ δι' αὐτῶν) que no está claro con el texto transmitido ni con la corrección de Leonicus, sobre todo, si entendemos como he indicado antes el adjetivo con un valor descriptivo y no denominativo. Y pienso que hay que hacerlo así, pues a eso apunta el paralelismo entre ambas estructuras: καλοῦσι

... τὸ μὲν μέγιστον Ἐκάτης μυχόν, ..., τὰς δὲ δύο μακράς < ? >. La propuesta de Cherniss τὰ δὲ δύο μακρὰ <τὰς Πύλας> es la que acepta Donini y la mayoría de los traductores modernos. Pero, aunque en la crítica de los textos nunca se puede decir nada como verdadero ni como falso, no hay razones paleográficas que expliquen la pérdida de ese sustantivo añadido por Cherniss. Con las necesarias reservas, me inclino a proponer otras opciones más sostenibles desde este punto de vista y que fácilmente han podido inducir a la modificación del texto tal como nos lo ha servido la tradición.

a) la más sencilla es τὰ(ς) δὲ δύο Μακάρων, introduciendo un sustantivo que no sólo viene bien a este contexto de amplios ecos épicos, en el sentido de "cavidades de los bienaventurados", sino también al contenido doctrinal, ya que por ellas suben y bajan de los Campos elíseos (la cara de la luna que da al sol) las almas ya convertidas en démones; y estos son llamados μάκαρες desde Hesíodo. Mi propuesta explicaría, por la razón indicada y sin necesidad de añadir nada, la conjunción γάρ, aunque desaparece -y eso es una objeción a tener en cuenta- el adjetivo descriptivo en correlación con μέγιστον y se crea una cláusula (seis breves + una larga con el neutro y peonio I + anap. con el femenino) que es ajena a la prosa de Plutarco. En cuanto a la corrupción de μακαρ a μακρ es fácil (simple haplología) y tampoco es difícil la confusión entre -α(ς) y -ων a partir de sus abreviaturas taquigráficas (α = - y ων = ~); en cualquier caso, si se mantiene el femenino de los manuscritos, también se puede proponer Μακαίρας, que no requiere justificar la confusión de los finales y que resolvería la dificultad de la cláusula (peonio I + ba).

b) El problema del adjetivo descriptivo me lleva a una segunda propuesta, complementaria de la anterior: en este caso se trata de una adición (como hace Cherniss), pero más sostenible desde el punto de vista textual, ya que el término ha podido perderse por haplología debida a la homonimia. Parto del texto transmitido (con el femenino plural), manteniendo τὰς δὲ δύο μακρὰς, pero añadido <Μακάρων>, que ofrece ventajas estilísticas sobre las que hablaré más adelante.

II. El otro pasaje problemático (τὰ δ' ἐνταῦθα Φερσεφώνης οὐκ ἀντίχθονος), lo es sobre todo por la precisión οὐκ ἀντίχθονος, texto mantenido por Pohlenz con reservas (lo precede de una *crux philologica*), aunque otros críticos ven problemas también en τὰ δ' ἐνταῦθα.

1) Zuntz propone añadir <πρὸς τὰ> (τὰ δὲ <πρὸς τὰ> ἐνταῦθα), adición que es de todo punto innecesaria ya que el artículo con el adverbio (en correlación con τὰ μὲν πρὸς οὐρανὸν) se basta y sobra para indicar el valor espacial, local (la parte de la luna que hay hacia nosotros) que quiere marcar Sila en su relato. Asimismo este filólogo conjetura la corrección del adverbio οὐκ que precede a ἀντίχθονος en οἶδος: "vestíbulo (o morada) de Perséfone antíctona". La corrupción se explicaría bien por la proximidad (al comienzo del capítulo siguiente) del adverbio de negación: Οὐκ δεῖ...; pero, en este caso, es más plausible paleográficamente (pese a que el término es menos poético) la corrección que hace Arnim de οὐκ en οἶκον (la pérdida de -ov puede explicarse por la sílaba inicial de ἀντίχθονος). Esta ha sido la preferencia (y no me parece mal) de Donini. No obstante, el problema que plantea aquí ἀντίχθονος continúa. En efecto ¿por qué Plutarco aplica a Perséfone (la Luna) un término de tanta importancia pitagórica que él sabe diferenciado de la Luna, ya que, con la doctrina tradicional, establece la secuencia antitierra - tierra - luna en su enumeración de los cuerpos cósmicos de su *Comentario al Timeo*? La aplicación de ἀντίχθονος a la luna (Φερσεφώνης) con el valor etimológico del término y no con el pitagórico y en positivo (una vez eliminado el problema de οὐκ con las correcciones de Zuntz o de Arnim) es superflua; pues a los oyentes de Sila les ha quedado bien claro con τὰ δ' ἐνταῦθα y con la parte del mito en

que hablaba de las diosas Deméter/Kore-Persefone (942D-E) y de las praderas de Hades (942F y 943C-E) que esa región se refiere a la parte de la luna que da hacia la tierra y no hacia el sol. Así que hago dos propuestas:

- a) Se puede mantener οὐκ ἀντίχθονος entendiendo que Plutarco toma posición contra quienes (tal vez ya en su tiempo y en círculos aristotélicos) atribuyen a algunos pitagóricos la identificación de la Luna con la Antitierra; al negar ἀντίχθονος, Plutarco-Sila dejan bien claro que no debe cometerse ese error: "y la parte de aquí, de Perséfone no (identificable con la) antitierra".
- b) Otra propuesta (por la que me inclino, dando mayor valor en esta cuestión al texto traducido por Amyot) es que se trata de una simple glosa (algún lector ha querido indicar que se trata de la Luna y no de la *Antichthon*) incorporada a la fuente de nuestros manuscritos. La eliminación del sintagma en cuestión tiene, como veremos, ventajas estilísticas no despreciables.

Dicho esto, y una vez incorporadas nuestras preferencias textuales, el pasaje cuyo comentario nos ocupa queda así:

ἀλλ' ὥσπερ ἢ παρ' ἡμῖν ἔχει γῆ κόλπους βαθεῖς καὶ μεγάλους, ἓνα μὲν ἐνταῦθα διὰ στηλῶν Ἡρακλείων ἀναχέμενον εἴσω πρὸς ἡμᾶς, ἔξω δὲ τὸν Κάσπιον καὶ τοὺς περὶ τὴν Ἐρυθρὰν θάλατταν, 944 C οὕτως βάθη ταῦτα τῆς σελήνης ἐστὶ καὶ κοιλώματα. καλοῦσι δ' αὐτῶν τὸ μὲν μέγιστον Ἐκάτης μυχόν, ὅπου καὶ δίκας διδῶσιν αἱ ψυχαὶ καὶ λαμβάνουσιν ὧν ἂν ἤδη γεγενημένοι δαίμονες ἢ πάθωσιν ἢ δράσωσι, τὰς δὲ δύο μακράς <Μακάρων>· περαιοῦνται γὰρ αἱ ψυχαὶ δι' αὐτῶν, νῦν μὲν εἰς τὰ πρὸς οὐρανὸν τῆς σελήνης, νῦν δὲ πάλιν εἰς τὰ πρὸς γῆν· ὀνομάζεται δὲ τὰ μὲν πρὸς οὐρανὸν τῆς σελήνης Ἠλύσιον πεδίον, τὰ δ' ἐνταῦθα Φερσεφόνης [οὐκ ἀντίχθονος].

3 Los recursos estilísticos

Hechas las precisiones textuales anteriores, consideremos ahora brevemente los recursos literarios usados por Plutarco para aproximar y familiarizar a sus amigos con los espacios geográficos de nuestro satélite, destinado a servir de escenario para la vida última de tan importantes y místicos habitantes como son los démones.

En cuanto al léxico, la parte previa, introductoria de este pasaje, abunda ya en términos del campo semántico del paisaje, insistiendo en la topografía y sus cualidades (magnitud y extensión, profundidad, accidentes de terreno, luminosidad o falta de ella), que nos ponen en guardia ante la concreción del nuevo espacio lunar, que será diseñado a imitación del de la tierra. Los dimensionales son términos como εὖρος, μέγεθος, γεωμέτραι, μείζον, καταμετρεῖ, μεγέθεισιν, σμικρότητος; los topográficos, γῆς y τόπον; y los referentes a la luminosidad, σκιάν, σκοτώδη, σκιᾶ, σκιᾶς, que fomenta el terror infundado de las almas que se aproximan a la luna.

La mayoría de ellos son objeto de relevancia estilística mediante los procedimientos retóricos a que nos tiene acostumbrados Plutarco, especialmente con la posición al comienzo de período (Εὖρος δὲ καὶ μέγεθος; καταμετρεῖ δὲ...) y con las aliteraciones (μέγεθος... μείζον... -μετρεῖ... μεγέθεισιν; σμικρότητος... σκοτώδη... σπευδούσας... σκιᾶ... σκιᾶς).

La introducción al texto que nos interesa se hace, por otra parte, jugando con una mixtura de πάθος experimentado por las almas y de percepción errónea por parte de aquellas con respecto al nuevo escenario terrestre que se va a describir en sus términos justos: ἐκφοβεῖ δ' αὐτὰς καὶ τὸ καλούμενον πρόσωπον, ὅταν ἐγγὺς γένωνται, βλοσυρόν

τι καὶ φρικῶδες ὀρώμενον. Pero, como no es esa particular percepción el objeto de nuestro trabajo ahora, sino la realidad geográfica que se quiere dar a este espacio imaginario, dejémos a un lado la sinestesia y el miedo de las almas y centrémosnos ya en esa realidad, que, como dice Sila, es bien diferente de la que perciben aquellas (ἔστι δ' οὐ τοιοῦτον,...).

Vaya por delante que el texto en cuestión tiene dos partes bien diferenciadas: una con la que se da verosimilitud al paisaje lunar; y otra, directamente imbricada en ésta, en la que Homero con sus campos elíseos viene de nuevo en ayuda de este creador de mitos que necesita ponernos ante los ojos un paisaje pensado y no perceptible, que se ajuste a unos seres, los démones, cuya materialidad espiritual ya es mínima.

I. Primera parte:

Pues bien, el procedimiento para conseguir lo primero, la ilusión de esa realidad perceptible para nosotros, es muy simple: se compara la geografía de la οἰκουμένη, tal como se representa en el tiempo de Plutarco, con la imagen visible en la Luna. Pero no se trata de una comparación vaga y general, sino que, a mi juicio, Sila hace coincidir los accidentes geográficos que ve en aquella con los más importantes (y aproximadamente equiparables) de la tierra; es decir, se integra en el espacio circular de la Luna el mapa circular de la tierra (**las correspondencias marcadas en la figura del handout son algunas posibles**), con lo que se elimina cualquier duda sobre el carácter térreo de la luna.

Y si la correspondencia visual ya es suficiente, los recursos estilísticos la hacen además literaria y literal:

1) Tenemos primero una comparativa, que es el principio metodológico, lingüístico, utilizado por Plutarco-Sila para crear esa sensación de realidad: ἀλλ' ὥσπερ... οὔτως.

2) A los tres accidentes geográficos de la tierra mencionados en la subordinada (el Mediterráneo, interior, y los dos mares exteriores, el Caspio y el Rojo) corresponden los tres accidentes geográficos supuestos en la luna (la ensenada de Hécate y las dos cavidades de los Bienaventurados, según nuestra fijación del texto).

3) Hay cierta *responsio* léxica entre la descripción terrestre (γῆ, κόλπους, βαθεῖς y μεγάλους), y la lunar (σελήνης, κοιλώματα, βάθη, μέγιστον), a lo que se añaden otros procedimientos estilísticos que no sólo dan relevancia a esos términos, sino que, además, logran la necesaria fusión entre el paisaje real y el imaginario basado en él: por ejemplo, aliteraciones de las que quedan al margen sólo los términos de los dos astros en comparación (γῆ y σελήνη):

- κόλπους, Κάσπιον, κοιλώματα, καλοῦσι.

- βαθεῖς, βάθη, compensa la menor relevancia de la aliteración con el políptoton.

- μεγάλους, μέν, μέγιστον, μυχόν, μικρά, Μακάρων (según nuestro texto).

4) En cuanto al paisaje real terrestre, se subraya la proximidad a los personajes del diálogo con la repetición del pronombre personal (ἢ παρ' ἡμῖν γῆ... πρὸς ἡμᾶς) y con adverbios de referencia espacial (ἐνταῦθα, εἴσω, ἔξω) que, del lado de la luna, van a tener su correspondencia en el demostrativo ταῦτα aplicado a βάθη. Y la normalidad propia de ese paisaje real encuentra las apropiadas cláusulas métricas (**véase el handout**) de sus tres *kola* en el coriambo del primero (καὶ μεγάλους) y los ditroqueos de los otros dos (-σω πρὸς ἡμᾶς y -θρὰν θάλατταν).

5) Por lo que atañe a la estructura del paisaje lunar, se busca hacerlo coherente con la estructura quiasmática (al margen queda sólo el verbo ἐστί que indica precisamente su existencia real) de su presentación: βάθη ταῦτα (A) τῆς σελήνης (B) κοιλώματα (A); pero también con el empleo de cláusulas métricas frecuentes y normales en la prosa de Plutarco, como el dicrético en la forma de ba+cr. al final del primer período, el de la comparación (-τι καὶ κοιλώματα).

6) Una vez que está claro que este paisaje equivale al de la tierra, el paso siguiente es aplicarle la función de habitabilidad que justifica su teleología. Y aquí abandonamos el terreno de la realidad para entrar en el de la metafísica. Así, el espacio lunar correspondiente a nuestro mar terrestre, la ensenada de Hécate, es el lugar donde son purificadas y premiadas de sus pasiones y por sus acciones las almas ya convertidas en démones. Desde el punto de vista de la interpretación filosófica, esta función del golfo de Hécate ha planteado problemas a los estudiosos. En efecto, como últimamente se pregunta Donini, ¿si su función es respecto de los démones, por qué este lugar está en la parte de la tierra y no en la cara de la luna que da al cielo, donde como se dice más adelante habitan los démones? En nuestra opinión está justificado, ya que en los Campos elíseos (que es el nombre de la región lunar hacia el sol y no de una de las cavidades comparadas con el Caspio o el Rojo) la vida de los démones es totalmente apacible y no se entiende un lugar en el que éstos sean ni premiados ni castigados. Tal vez las posibles contaminaciones y méritos se producen cuando los démones bajan a la tierra (como leemos luego) y es entonces cuando pasan por la ensenada de Hécate, antes de subir de regreso al lugar de morada. Los castigos que reciban pueden ser un retraso de la segunda muerte que libere el $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ de los restos de $\psi\upsilon\chi\eta\acute{\iota}$; y los premios por su buen comportamiento como démones, el adelanto de aquella.

Aclarada esta cuestión metafísica y volviendo a los recursos literarios, llamo la atención sobre los verbos $\delta\acute{\iota}\delta\omicron\alpha\sigma\iota\nu$ y $\lambda\alpha\mu\beta\acute{\alpha}\nu\omicron\upsilon\sigma\iota\nu$, integrados en una estructura quiasmática y que van a ser el leitmotiv de la última parte del mito (945C-D): $\delta\acute{\iota}\kappa\alpha\varsigma$ (1) $\delta\acute{\iota}\delta\omicron\alpha\sigma\iota\nu$ (2) $\alpha\acute{\iota}$ $\psi\upsilon\chi\alpha\acute{\iota}$ (3) $\kappa\alpha\acute{\iota}$ $\lambda\alpha\mu\beta\acute{\alpha}\nu\omicron\upsilon\sigma\iota\nu$ (2) $\acute{\alpha}\nu$ (1)... Obsérvese, por otra parte, el protagonismo de $\psi\upsilon\chi\alpha\acute{\iota}$ (centro del quiasmo) repetido al comienzo de la sección final y la aliteración de δ - en todo el período: $\delta\acute{\iota}\kappa\alpha\varsigma$, $\delta\acute{\iota}\delta\omicron\alpha\sigma\iota\nu$, $\delta\alpha\acute{\iota}\mu\omicron\nu\epsilon\varsigma$, $\delta\rho\acute{\alpha}\sigma\omega\sigma\iota$, $\delta\grave{\epsilon}$, $\delta\upsilon\omicron$, $\delta\acute{\iota}$ $\acute{\alpha}\upsilon\tau\acute{\alpha}\nu$. Por último, en cuanto a los elementos esenciales del período, que son los geográficos en este afán por darnos un espacio imaginario plausible, tienen su modelo en las grutas de ascenso y descenso de las almas que vio Er en el mito platónico de la *República* o en la de la reencarnación dionisiaca de Tespesio en el *De sera numinis vindicta* del propio Plutarco. Y, desde el punto de vista estilístico, su relevancia aquí reside tanto en la posición al principio ($\tau\omicron$ $\mu\acute{\epsilon}\gamma\iota\sigma\tau\omicron\nu$ $\acute{\epsilon}\kappa\acute{\alpha}\tau\eta\varsigma$ $\mu\upsilon\chi\omicron\nu$) y al final ($\tau\acute{\alpha}\varsigma$ $\delta\grave{\epsilon}$ $\delta\upsilon\omicron$ $\mu\alpha\kappa\rho\acute{\alpha}\varsigma$, <Μακάρων>), como en la elección fonética (aliteración de $-\mu$) y léxica (dimensiones) de los términos y en el paralelismo de los dos miembros en correlación.

A todo ello se añade el cuidado que de nuevo pone Plutarco en la elección de las cláusulas retóricas de los *kola*: El primero, un dicrético en forma de peonio I + cr. ($-\gamma\acute{\iota}\sigma\tau\omicron\nu$ $\acute{\epsilon}\kappa\acute{\alpha}\tau\eta\varsigma$ $\mu\upsilon\chi\omicron\nu$) y el segundo, un ditroqueo ($\lambda\alpha\mu\beta\acute{\alpha}\nu\omicron\upsilon\sigma\iota\nu$), forman parte de la normalidad métrica de su prosa; pero, en cuanto al cuarto, si se acepta nuestra adición, el período se cerraría con un coriambo, $-\krho\acute{\alpha}\varsigma$, Μακάρων (hay tendencia en la prosa métrica a esta cláusula para cerrar con nombres propios) que favorecería la cohesión con la segunda parte, cuyo período final se cierra con la misma cláusula.

II. Segunda parte: Termina nuestro pasaje con la trasposición de la geografía espacial visible a la parte no visible (la que da al sol) de la luna; para ello se sigue ayudando del expediente místico de la acción de las almas, el ascenso y descenso de una cara a otra de los démones introducidos en el período anterior y que serán los protagonistas de la sección siguiente del mito, y de nuevo de la descripción geográfica (objetivo central del pasaje) con que el espacio no visible cobrará apariencia de veracidad gracias otra vez a la autoridad de Homero cuya mención de los campos elíseos y de las islas de los bienaventurados ya fue citada en 942F. Pero son sobre todo las relaciones sintácticas de referencia espacial, que se convierten en esta última parte de nuestro texto en el foco principal de los recursos estilísticos, las que cohesionan

definitivamente la geografía mística diseñada por Plutarco para residencia metafísica de las almas triunfantes.

Veamos:

1) El primer período ya insiste en ese ámbito espacial por el que se mueven las almas. En su *kolon* inicial el verbo *περαιοῦνται* y el sintagma preposicional *δι' αὐτῶν*, que confiere un valor funcional dentro del contexto del mito a la descripción geográfica, marcan (con la cláusula habitual ditrocaica del primer colon: *-χαὶ δι' αὐτῶν*) la normalidad de paso, de travesía de las almas, desde el espacio todavía visible a la cara no visible de la luna. Estructuralmente, el *kolon* da relevancia a esa idea de tránsito mediante la posición al comienzo y al final del mismo de los indicadores de ese movimiento de paso, dejando en el centro el sujeto de la acción (*αἱ ψυχαί*).

2) En cuanto al resto del período, se liga estrechamente al período que sigue hasta lograr una unidad donde los sintagmas preposicionales (que hacen posible la realidad espacial), de un lado, y las posiciones relevantes de los términos que contribuyen desde el principio de nuestro texto al diseño geográfico del más allá (la tierra y la luna) se convierten en el leitmotiv de todo el pasaje. En esa fusión, los dos *kola* con que concluye el primer período aportan, con el paso a través de ellos de las almas, la necesaria localización geográfica de los lugares de tránsito entre las regiones (la visible, la tierra y la imaginada, el cielo) que hacen plausible el paisaje místico de la luna. Y los dos *kola* finales del último período, cuya construcción retórica paralela a la de los anteriores sanciona así el carácter objetivo de esa realidad, da nombre (todo el período se inicia con un colon de final ditrocaico *ὀνομάζεται δέ*), y con ello carta de naturaleza, al nuevo espacio en que tendrá lugar la existencia de los demonios hasta su liberación.

3) Por lo que se refiere a las relaciones sintácticas mencionadas (**véase el cuadro en el handout**), el final del primer período, con su estructura paralela *νῦν μὲν εἰς τὰ πρὸς οὐρανὸν/ νῦν δὲ πάλιν εἰς τὰ πρὸς γῆν* y el término principal de referencia (*τῆς σελήνης*) en el centro, tiene su contrapartida en la estructura también paralela *τὰ μὲν πρὸς οὐρανὸν/ τὰ δ' ἐνταῦθα*, con el término de referencia (*τῆς σελήνης*) ocupando igualmente el centro entre ambas. Sólo que aquí el paralelismo se rompe al añadirse al final del primer miembro el nombre de la región imaginaria (*Ἡλύσιον πεδῖον*) y, en el segundo, recuperando el paralelismo, pero insistiendo en el valor mítico-literario de la región perceptible, su denominación como *Φερσεφόνης*.

4) Las cláusulas métricas, por último, tanto de los dos cola finales del primer período como de los dos del segundo, parecen acompañar la sensación de objetividad que se quiere dar al espacio descrito en los primeros (ditroqueo en ambos) y la idea de coherencia global que se busca para la identidad mítico-literaria de las dos regiones nominadas (coriambo en ambos).

En definitiva, y valga esto como conclusión, Plutarco con su diseño literario de la geografía celeste de la luna, establece una especie de necesaria transición estructural entre los espacios perceptibles por los que discurren las almas todavía materializadas en su viaje de retorno al origen y aquel en el que, reducida la *ψυχή* al mínimo, los demonios encontrarán su liberación definitiva en un paisaje totalmente imaginario. El procedimiento que sigue para ello es el de la imitación de esa topografía inventada a la geografía real de la tierra mediante la comparación con las imágenes que nos proporciona la visión nocturna de la luna llena. Pero en su construcción y para dar coherencia y verosimilitud a dicho proceso, Plutarco pone en juego tanto los modelos literarios previos (Platón sobre todo) o los experimentados por él mismo, como los recursos estilísticos (fonéticos, semánticos, sintácticos, retóricos y métricos) de su arte literario. En nuestro caso, la materia lingüística y rítmica se pone a su servicio para afianzar una topografía mística, la de los Campos Elíseos, en la que los personajes

míticos convertidos en démones se ajustarán finalmente a su pensamiento metafísico y a su diseño platónico del más allá.